

PEPE EL DE LA MATRONA

La historia íntima del cante flamenco, entre esplendores y zozobras de múltiples matices, sigue creciendo al ritmo de los hombres y de las cosas del mundo. En los inmediatos años próximos se verán cumplidos dos siglos desde que el ya legendario Tío Luis el de la Juliana, primer cantador flamenco reconocido, alzara su grito por encima de los horrores y las penas, dando a conocer las primitivas notas archivadas de todo este controvertido y sugestivo universo hoado, que aún se nos continúa perdiendo en sus remotos orígenes y en sus proyecciones futuras.

Y de todo este tiempo pasado, de todas las historias presentes que también aquí son síntesis de anteriores hechos, tenemos entre nosotros a un hombre portentoso que ha vivido intensamente —se podría decir totalmente— setenta y cinco preciosos años con y para el canto, desde que se inició en la madurez de su adolescencia por estos embriagadores rumbos flamencos:

"A la edad de doce años yo ya me fui inculturando en los pasajes, en los colmados que se decían, y eran el centro a donde iban los artistas a buscar fuerza.

Anterior a esto, ya mis tíos, que aunque no eran artistas sabían de lo que hablaban, me habían documentado de algunas cosas del canto de las épocas que yo no alcanzo, y me contaban de cuando ellos eran chicos y el Tío Riva cantaba por Triana.

Y ya luego, cuando tenía tiempo, me iba a buscar una colección de hombres viejos que había en Triana, que por aquella época serían algunos de ochenta o de ochenta y poco años. Todos eran aficionados al canto y cantaban, cantineaban a su manera; y se defendían trabajando en uno como podía, el uno en la fragua, el otro en el muelle vendiendo y comprando, en fin cosas de esas.

Y como yo ya había empezado a beber, algunas veces los buscaba y por el camino de San Juan nos íbamos al campo a beber y cantar. Y la que se armaba entre esos viejos y yo que luego veníamos los tres por Sevilla cayéndonos."

Si, este es José Nuñez Meléndez, el que en principio y según las modas de aquel tiempo fue «Niño de...» y ahora conocemos por el definitivo nombre de



El Niño de la Matrona.

«Pepe el de la Matrona», hijo de una profesora en partos que además de la vida le dio el nombre y el genio.

"Mi madre fue célebre, la cometa torreadora Manolita la marrona, que era un guardia civil vestido de paisano, (pero que

mujer más inteligente! ¿Quién sería mi madre?, que se quedó viuda con cuarenta y seis años, con cinco hembras y un varón que era el más chico, y sin saber leer ni escribir aprendió a leer por el periódico, estudió su carrera y le dieron la nota de sobresaliente. Y luego tenía ocho o nueve corrales, con treinta o cuarenta vacas, los con alquiler de habitaciones a seis pesetas, a treinta reales la que más; la sala y la alcoba treinta reales, y una habitación sola seis pesetas, y a bregar con lo eso y luego atender los partos..."

Y en Sevilla nació el cantador. El 4 de julio de 1887; si el 4 de julio de 1887. Por aquellos años aún cantaba Silverio Franconetti y el toro «Pordigón» no había vengado todavía a los suyos muertos por el Espartero.

Erán los dorados años de los Cafés Cantantes.

"En Sevilla, antes del Novedades, estaban el llorero y el de Silverio. Luego pusieron otro que le decían La Esclerilla a la entrada de la calle Amor de Dios,

al lado de la Campana; y aunque era más pequeño que los otros también era Café Cantante.

Posterior a ésto vinieron Novedades y Filarmónico que ya contrataron "cuadros" buenos con artistas de categoría. En estos cafés había unas butacas como en los teatros, unas cuantas sillas de butacas que por detrás tenían como una especie de mesita pequeña, y el que llegaba y se sentaba en su butaca tenía en el respaldo de la de atrás su mesita, y allí se ponía el café, que entonces valía treinta y cinco céntimos, o su copa de vino. Y aquí es donde iban los trabajadores que por treinta y cinco céntimos velan el espectáculo una vez por lo menos, porque había unos cuantos pases de a hora como cuando acababan, echaban a la gente de las butacas, cerraban y el que quería entrar otra vez tenía que volver a pagar.

Y ya luego estaban los palcos en el principal del patio, pero el que subía a un palquillo ya sabía a lo que iba; por lo menos de una fustella de marca p'laante, y



1926-1929 «Al principio nosotros nos creamos que aquello iba a durar tres días y luego duró lo que duró...»



J. L. Ortiz Nuevo

si se calentaba el uno con el otro, pues llamaban a unos cuantos artistas y se metían de juerga".

Y cuando el siglo acaba, el niño de Manolita la matrona, que ya sabe del sabor del vino en borrachera, comienza su trabajo asalariado por los particulares talleres de las ferias y las fiestas en pueblos y tabernas:

"Entonces los aficionados a toros me llevaban por esos pueblos haciendo bolos, yo cantaba las cosas de chiquillo, y con lo que se recogía comíamos y bebíamos.

Hasta que ya en uno me dieron salario. Vino un tocador que se llamaba Andana y me dijo que era pa un bautizo que se iba a hacer, y luego resultó que ni era bautizo ni era na de eso, que fue pa ir a un café que prepararon como café cantante con unas mesas y unas tablas, en un pueblo que se llama Burguillo, a tres leguas y pico de Sevilla, pasao Al-

cald del Río. Y allí estuve cuatro días en la feria, pero claro como era tan chico me queaba dormio y el amo pa despertarme me daba un pastelillo de perra chica o un caramelo y ya salía cantando.

Y cuando volvimos a Sevilla me pagaron, me dieron doce pesetas pa comprarme unas botas".

Y más pueblos y más cantes, y más nombres y más hombres y entre ellos Chacón, aquel al que llamaban don Antonio:

"Como mis tios me hablaban mucho de Chacón, en quantito que vi hueco de ir por los colmaos me hice amistad con él. Entonces vivía él en la calle Trajano y cuando yo pasaba por la tarde pa ir al centro me llegaba a saludarlo y muchas veces nos íbamos juntos pa la Campana.

Y cuando le salía alguna fiesta subía yo a escucharlo. Como los camareros, sobre to los del Pasaje del Duque, me conocían de verme con él, me dejaban su-

bir al principal del patio, aonde estaban los reservaos, y allí en la puerta me ponía yo a escuchar y aprender".

Hasta que ya Sevilla se hace chica y es preciso salir caminito de Madrid. Por aquel tiempo, lo que hoy es el monstruo mesetero, aún era la penúltima figuración de la villa y corte galdosiana:

Aquel Madrid aristócrata y señor de nobles terratenientes burgueses y buena gente en todas las madrugadas con las estufas de cok para el golfo y el ladrón y las ricas gallinejas y las chuletas de huerta y los fornidos valientes que se rompían los dientes sin ton ni son...

"Yo llegué a Madrid en la Pascua del año seis al siete, y como

ya estaba comprometio en seguida empecé a trabajar en el Café del Gato, pero aquí estuve poco tiempo por un disgusto con la Higorrota, que era el ama, a causa de los tocaores que salían tocando de una forma y me asfixiaban. Así que me fui a otro sitio que se llamaba Naranjero y me puse a cantar hasta que un día vino un policía mu famoso que le decían Juanito Cojones y me quiso mandar a Sevilla, pero yo, que tenía recomendación con un ministro de los liberales, hablé con él y me arregló el asunto".

Y de Naranjero a Fornos, Los Gabrieles, Los Burgaleses... cual jornalero nocturno para espantar aristocráticos hastios, de juerga en juerga hasta la claridad del día:

"Entre los Gabrieles y Fornos se repartían toa la aristocracia de Europa, tanto es así que muchas noches los coches de caballos daban la vuelta desde la puerta de Los Gabrieles hasta la Carrera de San Jerónimo y por la otra calle lo mismo. Y por las mañanas era la cola de los pobres que venían a por las sobras, porque Adrian que era el encargao, les daba to lo que había sobrao, y cuando ya se iban los coches, venían ellos con su pucherito vacío y Adrian les echaba la comida que había sobrao".

Y en el año catorce, mientras algunos españoles se divierten y los europeos comienzan a matarse, a Matrona se le ocurre de irse hasta La Habana:

"Habíamos estao en una fiesta en Fornos y cuando salimos nos convidó Chacón a comer en Los Gabrieles. Y empricipió, Chacón a hablar de la Argentina, de cuando él estuvo con la compañita de Maria Guerrero. Y las cosas de la juventú y de las copas:

—Mañana me voy a afeitarme a La Habana.

Y me fui. Llegué a mi casa, se lo dije a mi mujer, lo vendimos to a un trapero, y nos fuimos a La Habana, sin contrato ni na, por el gusto de ir una temporá a ver aquello. Y allí estuvimos nueve meses, hasta que ya dije:

—Mañana nos vamos a España.

Pero en el año diecisiete, estando otra vez con Chacón, me dio otra picá de irme a Cuba y me fui a tomar café.

Llegué a La Habana y quantito se enteraron unos amigos míos de allí nos metimos de juerga. Que por cierto estaba con nosotros Hipólito Villa, y al rato de ▶

PEPE EL DE LA MATRONA

estar en la reunión llegaron unos gendarmes y se lo llevaron preso.

Total que con motivo de esto sale la conversación de Méjico, y entre unos y otros me convencieron de que en la capital no pasaba na y corría mucho el dinero. Así que cogí y me fui a Méjico, pero no hice más que llegar y Pancho Villa se sentó en el sillón de la República. Tiros pa un lao y pa otro, y yo sin poder salir a ejercer mi oficio... hasta que ya a los dos meses de pasar hambre conseguí de salir".

A su regreso, el de la Matrona intentará desde Barcelona emprender una tercera travesía, pero por unos «papeles» que le faltaban a su mujer no podrán tomar el barco:

Y el «Balbanera» se hundió a las puertas de La Habana sin dejar un solo superviviente sobre el mar. Cosas de la vida.

Y luego otra vez Madrid y otra vez Fornos... Sigue la juerga y la vida sigue:

**Y fue la Dictadura,
la República
y la guerra:**

"La guerra me cogió en Madrid. Al principio nosotros nos creíamos que aquello iba a durar tres días y luego duró lo que duró... pasando hambres y de to, porque claro, con mi oficio, ¿qué iba a hacer?

A lo primero estuvimos en Madrid, pero luego mi mujer cayó mala y como aquí no había más que hospital de sangre nos fuimos a Barcelona pa que la curaran.

Allí me colocaron de portero en una casa, y como pudimos fuimos tirando, hasta que ya se acabó to y nos trasladamos a Sevilla con mi familia, a ver si recuperaba los treinta y siete kilos que había perdido".

Después, todo se hace como un oscuro tiempo de silencio. Y el cincuentón Matrona no tiene más remedio que seguir cantando en una ciudad preñada de muertes y de muertos.

Abandona, no obstante, los antiguos lugares, aquellos tan queridos, y se instala en una venta de las afueras que llaman El Pinar.

"Y ahí me quedé hasta que vino Perico el del Lunar con lo de la Antología.

Esto fue por el año cincuenta y cinco, que vino Perico el del Lunar pa decirme que habían ve-

nio unos franceses a grabar cantes antiguos.

Me llamaron a mí y a unos cuantos más, y ca uno grabó unas cosas: malagueñas, seguiriyas, fandangos... y a mi me pusieron los cantes de la serrana y unos estilos por soleá, cantes antiguos de Paquirri".

Corren ahora los aires que buscan purezas ancestrales. La Flamenología recibe su bautizo y los incipientes flamencólogos convocan a concurso para velar por la ortodoxia de los viejos estilos: el nacional de arte flamenco celebrado en Córdoba en el año cincuenta y seis y los posteriores de pueblos y ciudades, tratarán de recuperar para su causa los verdaderos ecos que se perdieron en los falsetes de fáciles gargantas operísticas.

Habrà entonces que acudir a los artistas conocedores de los más antiguos cantes para que certifiquen y aconsejen:

"Después ya vinieron los concursos de Córdoba. Yo ya no quería cantar al público, pero me hicieron compromiso y no tuve más remedio que ir.

Y luego me llamaron a algunos pueblos pa que fuera de jurado. Primero a Málaga, los de la Peña Juan Breva; luego a Fuengirola también de jurado; después me llamaron a Montefrío en la provincia de Granada; y algunos años más tarde fui a Archidona a la fiesta de la Porrá. Y ya hace dos años me llamaron de Granada pa presidente del concurso que organizaron con motivo del cincuentenario del que se hizo en el año veintidós.

Y otras cosas: ilustraciones de conferencias en colegios mayores, grabaciones pa la televisión de España y otros países, una antología grande que hice yo solo buscando de hacer los cantes de la forma que yo aprendí cuando era joven giras, por Europa y América, y la última hará unos meses que me tiré más de un mes a función diaria en el teatro 347 de París, con el frío y ochenta y seis años encima".

Ochenta y siete ya en este su setenta y cinco aniversario como compañero del cante, de ese cante suyo que en un chispazo sube y sube por los tonos derrumbándolos, en una alternancia de coraje y armonía, de lucha y de compás, de vida y arte unificados en los inmensos territorios de sus años y sus mundos. ■

J. L. O. N.

